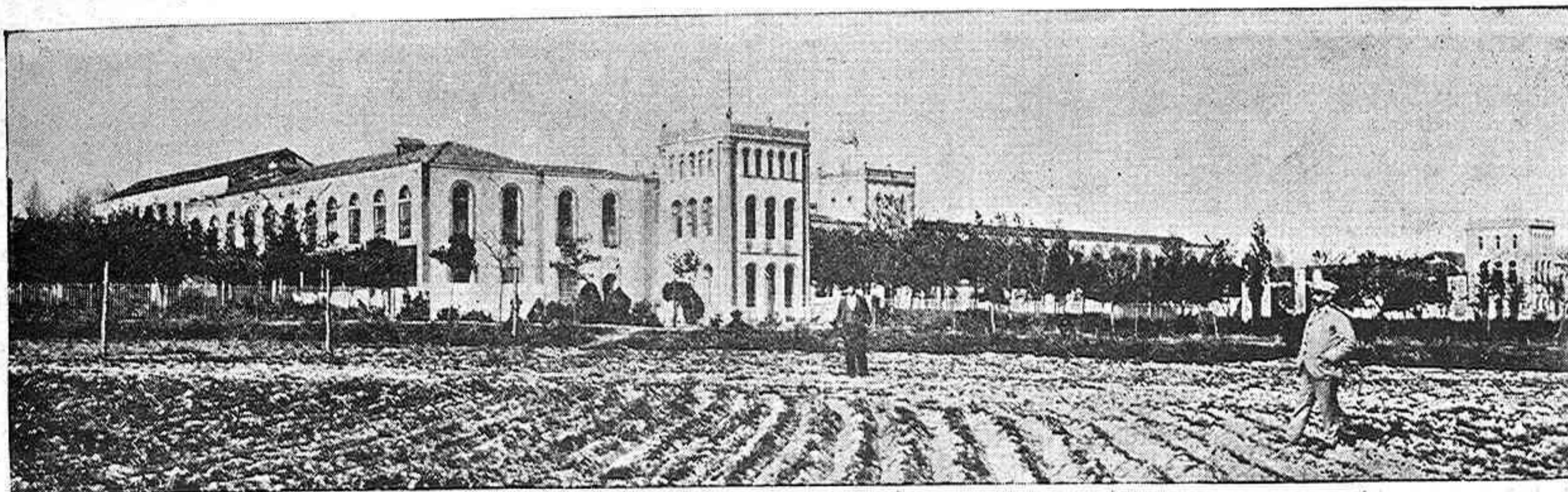


DE MADRID Á CARABANCHEL

El manicomio de Esquerdo.

Frente por frente á nosotros iban dos lindas muchachas indolentemente recostadas, paseando su vista con aire indiferente de los viajeros á las ventanillas del coche para calcular quizá la distancia que les faltaba por recorrer.



VISTA GENERAL DEL EDIFICIO

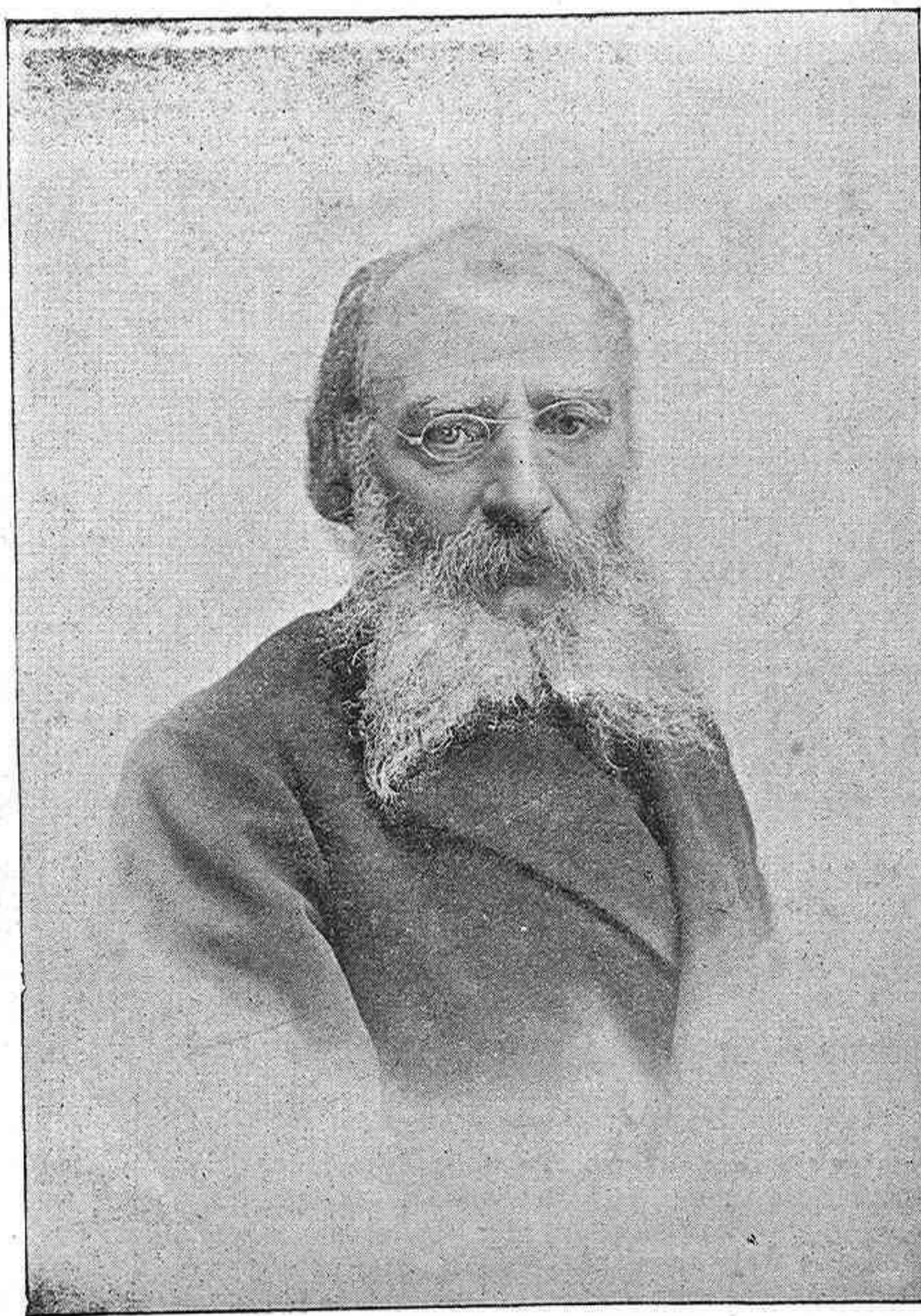
Acompañando á las dos jóvenes iba un señor, padre de ellas sin duda, igualmente abstraído, y en la mirada esa vaguedad é incertidumbre que imprime con sello imborrable el sufrir.

Ellos y nosotros íbamos al mismo punto, según pudimos ver después al encontrarnos de nuevo; pero ellos iban á cumplir un deber sagrado y penoso; nosotros, en guisa de importunos averiguadores de todo, á trasladar lo que viéramos á las cuartillas y á la cámara obscura, para formar con el todo un amasijo con que satisfacer en la hoja de papel impresa la curiosidad de la gente.

Ellos irían á llorar viendo á un sér querido en la obscuridad de la inconsciencia.

Nosotros íbamos aguijoneados por el deseo de conocer aquello, de ver de cerca las manifestaciones de la vesania reclusa, diferentes sin duda á las de los inconscientes en libertad.

Y esta diversidad de sentimientos se manifestaba bien claramente. El cálido sol que penetraba á raudales por las ventanillas del coche, llenando el ambiente de un calor agradable que contrastaba con la bruma fría del exterior, me hizo exclamar: ¡Qué hermoso día!



DON JOSÉ MARÍA ESQUERDO

—¿Para ir de campo, verdad?—añadió mi compañero de viaje.

Y en tanto aquel señor decía á una de las jóvenes:—Hoy podemos ir por la carretera; no habrá el barro del otro día. ¡Qué triste estaba el camino!...

He aquí el contraste.

El día invitaba á la expansión y al regocijo. Era uno de esos claros y brillantes del invierno de Madrid en que el sol irradia su luz dorada, libre de brumas y celajes.

Ellos y detrás nosotros nos dirigimos por la estrecha carretera que está á la derecha junto á la fuente, subiendo por la vetusta calle Real de Carabanchel alto.

La carretera dobla luego hacia la derecha en curva prolongada, y baja repentinamente, después de haber dejado á su izquierda el manicomio del ilustre frenólogo D. José María Esquerdo.

Dos hileras de arbustos adornan en toda su longitud la fachada principal del edificio, en medio de la cual se ve uno de los jardines de que consta aquél.
